

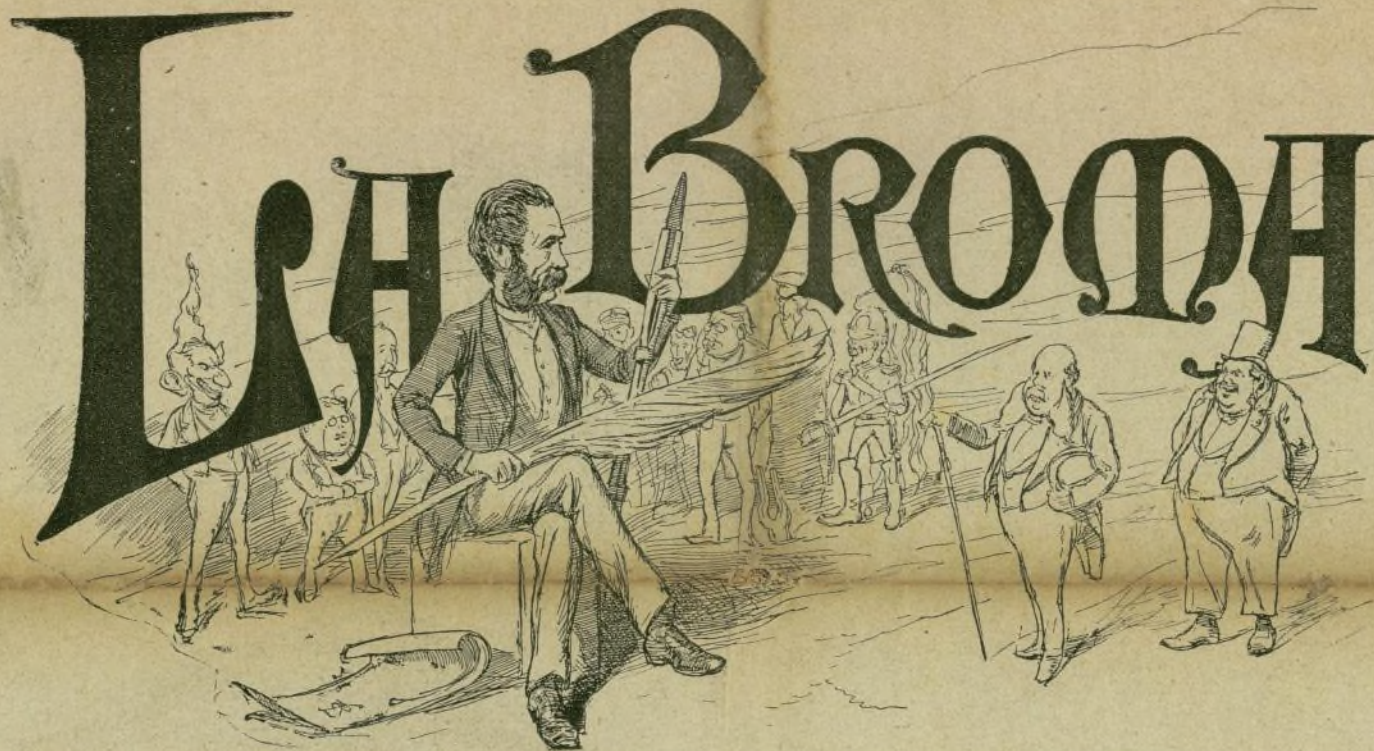
SALE
LOS SÁBADOS
y da muchos
EXTRAORDINARIOS

SUSCRIPCIONES
Con derecho á todos
los extraordinarios
monumentales, oleo-
grafías y otros regalos
editoriales.

Barcelona
3 meses... Ptas. 1
6 »... » 6
Año... » 11
Provincias
3 meses... Ptas. 4
6 »... » 2.50
Año... » 15

ADMINISTRACION
Valencia, 309-311, 1.º

Apartado del Correo, n.º 87
BARCELONA



En el Extranjero
UN AÑO
25 francos oro.

En Ultramar
UN AÑO
6 pesos fuertes, oro.

Es inútil pedir sus-
cripciones ni paquetes
sin acompañar al pe-
dido su importe.

A LOS CORRESPONSALES
Y VENDEDORES

Ptas. 2.50
cada 25 ejemplares
NÚMERO ATRASADO
1 peseta

AGENTES EXCLUSIVOS
EN MADRID

Sres. Sabaté y Martín
Fuencarral, 108
y Valverde, 10.

Director: ELOY P. BUXÓ

ÓRGANA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Época 3.ª—Año VI.—Núm. 9



CUESTIÓN DE CUARTOS.

Hay bastantes suscritores—en España y sus con-
tornos—que por cartas muy amables—nos han pe-
dido el abono,—y dejan que pase el tiempo—y se
nos hacen los sordos.—Recuerden el compromiso,
—y queden bien con nosotros;—que con palabritas
dulces—y saludos afectuosos—no pagamos en la
imprenta—ni el tiraje de los cromos.—Saquen una
librancita,—ó letra de fácil cobro,—que cuando pa-
gar se quiere,—no hay peros ni reconcomios.

PERSONAL DEL PERIÓDICO.

Ha dejado de pertenecer á la Administración de
nuestras publicaciones, el Sr. D. JUAN BLANCH,
volviendo á encargarse de la misma el Sr. D. En-
rique Pons.



Madrid 30 de Marzo.

Bien sé yo que muchos demagogos, amigos de la liber-
tad bien entendida, esperan con ansiedad que mi carta
les lleve la buena noticia de que ha caído el Gobierno
que ampara y sostiene con su espada el héroe de Sa-
gunto. Por hoy se llevan mico: no ha caído el ministerio,
ni Dios lo permita.

¿Cómo había de caer este gobierno cuando acaba de
salvar á la sociedad de las terribles garras de la anar-
quía, descubriendo y desbaratando la más tremebunda
conspiración que hayan podido tramitar jamás los eternos
enemigos del sosiego público, de la propiedad, de las al-
tas instituciones, y demás adminículos á quienes debemos
la prosperidad que nos rodea?

No hay que tomarlo á broma. Parece que estábamos,
en efecto, al borde de un abismo sin fondo, y sin la pre-
cisión y la diligencia del César saguntino que todas las
noches visita los cuarteles, y de la sábia vigilancia del
León canario y de su ayudante el gran Aldecoa ¿sabe
Dios lo que á estas horas sería de España, y en qué mano
habría venido á caer el timón de ese barco desencua-
dernado!

¿Cómo ha sucedido esto? Yo no lo sé, no lo sabe nadie,
ni se sabrá probablemente jamás: pero ello es que el Go-
bierno parece que nos ha salvado de un cataclismo.

¿Quién conspiraba? No se sabe: lo que haya sobre el
particular se oculta bajo los pliegues del más impenetra-
ble misterio; pero sin duda debían ser los de siempre, los
pícaros republicanos. Pero con astucia tan diabólica ha-
bían dispuesto las cosas, que da la casualidad de que nin-
guno de los cinco presos que la autoridad ha cogido con
las manos en la masa era republicano.

Cinco ¡estremezcanse ustedes! nada menos que cinco,
eran los conspiradores que iban á sumir á España en los
horrores de la anarquía.

¿Y qué clase de sujetos! Figúrense ustedes. El uno era
un asentador de la plazuela de la Cebada, llamado Pa-
chón, y de raza progresista pura. Como que es pariente
del decano de los progresistas rancieros que todavía nos
quedan de la hornada de 1840: del benemérito Martínez
Luna.



El otro... ¡éste sí que es sujeto peligroso!... era un ar-
mero de la Casa Real, el que estaba encargado de cargar
las escopetas á las Majestades y Altezas cuando iban de
caza. Ahora tiene sin duda la misión de cargar la mina
revolucionaria.

Otro era un dignísimo miembro de la policía secreta, á
quien dejaron cesante los hados fusionistas.

Y los otros dos, dícese que eran compañeros de éste,
aunque en ejercicio activo.

Como ya dije, ninguno de ellos era republicano, ni en-
tre los republicanos eran conocidos. Ni habían figurado
jamás en política, ni ejercían influencias sobre las masas,
ni eran conocidos fuera de su humilde hogar. ¿Quién ha-
bía de sospechar que sujetos en apariencia tan insignifi-
cantes habían recibido la misión de volver á España pa-
tas arriba ó cabeza abajo?

Pues sin embargo, así debía ser, puesto que la justicia
fusionista los ha puesto á la sombra. ¿Es posible que el
ojo vigilante de la justicia se engañe? Desechemos pre-
sunción tan absurda.

¿Y de qué se les acusa? ¡Toma! pues si eso supiéramos
ya estábamos al cabo de la calle.

Del uno se dice que recibió una carta, de persona para
él desconocida. ¿Y no es esto ya un delito?

Cierto que es un delito que todos los españoles pode-
mos cometer diariamente sin propósitos de perturbar el
público sosiego, porque nadie puede impedir que un des-
conocido dirija á otro una carta por el correo y le incluya
dentro una proclama revolucionaria, y no una libranza
del giro mutuo.

Pero ahí está precisamente la habilidad de la policía,
en saber distinguir al inocente del culpable.

De los otros cuatro no se dice que no recibieran carta
alguna; pero tal vez por eso habrán sido detenidos, por
no recibir carta.

Ello es que de buena hemos escapado y en buena hora
lo contamos. Pero con cartas ó sin cartas, al general sa-
guntino nadie se la pega, porque como él fué cocinero
antes que fraile, conoce al dedillo todas las artes maqui-
avélicas de la conspiración, y corta un pelo en el aire; y
el conspirador que á él le sorprenda, ya necesita tener
agallas, siquiera se llame Pachón ó Sabueso.



Por supuesto que hay gentes maliciosas é incrédulas
que se rien de eso de la conspiración, como hay gentes
que se rien de las catástrofes trágicas que se represen-
tan en el teatro.

Lo mismo he oído decir á políticos que tienen el col-
millo muy duro, que no ha habido semejante conspira-
ción, y que todo ha sido una farsa poco ingeniosa y nada
original del mismo Gobierno para hacerse el interesante
y ceñirse los laureles de salvador y custodio de las altas
instituciones, para que se lo agradezcan allí donde deben
agradecerse estas cosas.

Y un medio de distraer la atención pública para que
deje de hablar de crisis y de cambios ministeriales.

Y dicen estos maliciosos... ¡cuidado que no lo digo yo!
—¿Y qué es lo que ha ocurrido? Que en Barcelona y
en otras capitales de provincias se dice que las autorida-
des han sorprendido, entre los legajos que llegan por el
correo, unos paquetes de proclamas impresas en las cua-
les se incitaba al ejército á la rebelión. ¡Vaya un inge-
nio! Pues si ese timo es tan antiguo como el de los car-
tuchos de perdigones que emplean los ratas de Madrid
para sacarnos los buenos billetes de Banco á los paletos.

Ya en tiempo de los moderados se empleaba ese siste-
ma antidiluviano de las proclamas subversivas para apa-
rentar que se había descubierto una conspiración. Sólo
que entonces se hacía esta farsa con el objeto de justifi-
car medidas extraordinarias y prender á todo el que le
hacía sombra al gobierno. Y ahora se hace en tonto sin
más fin que el de dar charol al gobierno alabando su pre-
visión y su astucia.

Ya comprenderán ustedes que esto lo dicen las oposi-
ciones que quieren regatear sus glorias al ministerio fu-

sionista que nos gobierna con tanta satisfacción de sus
empleados.

Ahora, si me preguntan ustedes mi opinión particular,
permítanme antes una digresión.

Quiero calcular la gravedad de la cosa oyendo la opi-
nión de los ministros.

Y me voy derecho al extracto de las sesiones de las
Cortes, seguro de encontrar allí la pista.

Hojeo el extracto del Senado, y como en todas partes
hay preguntones, me encuentro con que un Sr. Bosch,
reformista él, y tortosino él, pregunta al Gobierno, así
como asustado, qué hay sobre la cuestión de orden pú-
blico.

Y aunque no es ministro, el general Martínez Campos
que vale por todo el ministerio se levanta, y dice:

—Yo no puedo decir si en estos días se tramaba ó no
alguna conspiración, pero como mi deber es vigilar por
la disciplina y sumisión del ejército no extrañen ustedes
que visite de día y de noche los cuarteles para asegurarme
de que no se nos quiere jugar una mala pasada como la
de marras.



Llega después el seráfico Sagasta, y enterado de lo que
se trata, se levanta, y dice:

—Tranquillícense ustedes, caballeros, aquí no pasa nada
ni el orden público corre peligro por ahora: otras veces
ha habido conspiradores peligrosos, pero ahora se puede
decir que no hay más que enredadores nada temibles, y
esos me tienen sin cuidado.

Respiro como si me hubieran quitado de encima del
corazón una losa de plomo del tamaño de aquella que
tanto sofocaba en 1870 al Sr. Sagasta.

Y paso á hojear el extracto de la sesión del Congreso.
¡Oh nova imprevenuta! como dicen los italianos. A la
misma hora resuena bajo la bóveda del Congreso la voz
estentórea del león rugiente que tiene su guarida en la
antigua casa de Correos, y oigo por teléfono que dice así:

—Eso de las conspiraciones es en España enfermedad
crónica é incurable, que tiene sus períodos de incuba-
ción, de desarrollo, y su período álgido: al presente la
dolencia que sufrimos se encuentra en su período más
agudo, y el Gobierno necesita de toda su vigilancia y del
apoyo de todos los buenos españoles para contrarestar
los desesperados esfuerzos de la revolución.

De manera que los médicos de la situación no están
acordes en la gravedad del mal: el doctor Sagasta cree
que es un constipado sin importancia, y que ni siquiera
exige que el enfermo guarde cama: el doctor León y Cas-
tilló cree que es una pulmonía fulminante de mucho cui-
dado; y el doctor Arsenio se limita á decir que un buen
sistema higiénico siempre es conveniente, por aquello de
«á Dios rogando y con el mazo dando.»

¿Qué hemos de pensar los profanos á la ciencia? Que
los tales médicos son unos mentecatos; y perdonen esos
señores la manera de señalar.

Por supuesto, que los leales monárquicos tanto de la
derecha como de la izquierda, se han apresurado á hacer
la declaración de rúbrica: que para la defensa del trono
y de las consabidas instituciones, el Gobierno de S. M.
puede contar con ellos hasta la pared de enfrente.

¡Claro! ¡Pues no faltaba más! El Gobierno puede caer
el día menos pensado, y bueno es, por lo que pueda ocu-
rrir, que sepan en palacio que los conservadores y los ré-
formistas, ardiendo en celo monárquico, todos están dis-
puestos á hacer el patriótico sacrificio de encargarse del
Gobierno y de la llave de la despensa.

Pero todas estas zozobras del orden público son tortas
y pan pintado en comparación con el susto morrocotudo
que se llevaron el otro día los granadinos y los mala-
gueños.

Figúrense ustedes que algunos periódicos de las suso-
dichas ciudades recibieron de Madrid un fatídico telé-
grama anunciándoles que S. M. el Rey se encontraba
gravísimamente enfermo y que se desconfiaba de sal-
varle. Que era lo mismo que decir disimuladamente que
el Rey había muerto.

¡Qué espanto! ¡Qué sorpresa! ¡Qué conflicto! La tropa
se puso sobre las armas, la policía se reconcentró, em-

LA BROMA



El que carga con todos.

pezaron á cerrarse las tiendas, los hilos telegráficos parecían acometidos de perlesía, y al cabo de algunas horas de angustia se supo que todo era un camelo, una simple equivocación de una clave telegráfica.

Por supuesto, que se ha formado proceso á los periódicos alarmistas, que se disculpan naturalmente descargando su responsabilidad en el corresponsal que les indujo á error.

¡Vean ustedes á lo que puede conducir una ligereza!



De la tremebunda batalla que se ha librado en Saba-dell entre el resguardo de consumos y los matuteros, no les digo á ustedes nada porque debo suponerles mejor enterados de lo que estamos en Madrid. Es uno de esos incidentes que enaltecen la previsión de aquellos sabios gobernantes que inventaron la contribución de consumos, abolida por un Gobierno del cual formaba parte don Práxedes el liberal, y cuidadosamente cultivada hoy por otro Gobierno que preside don Práxedes el reaccionario.

Y pregunto yo:—No sería tiempo ya de que se suprimiera esa forma de contribución, causa y origen de tantos disgustos y de tantos conflictos?

Que los moderados la inventaran no me extraña porque á ellos nada les importaba mortificar á todo bicho viviente. Pero que los liberales no sólo la conserven, sino que la hayan recargado haciéndola todavía más odiosa, eso no me lo explico.

Para vivir como vivíamos hace veinte años, maldita la necesidad que habíamos tenido de sacar de la nada para encaramarlos á las más altas posiciones á todos esos caballeros que se han enriquecido á nombre de la libertad.



No he querido terminar esta carta hasta ver si me procuraba una noticia de sensación.

Y la única noticia de sorpresa con que puedo terminarla es que el Gobierno sagastino seguirá tan campante mientras lo dejen.

Pero que no le durará mucho tiempo. El gran Cristiano ó el gran Saguntino ha resuelto, según se susurra, que se forme un nuevo Ministerio que él presidirá y del cual serán excluidos los demócratas arrepentidos que cantan *Hosanna* en torno del sillón de don Cristino.

A Sagasta le dejarán la presidencia del Congreso para que se consuele.

Y á Montero Ríos, á Becerra y á Moret... los ojos para llorar.

No sé cuándo sucederá esto, pero creo que los tiempos se acercan y las profecías se cumplirán.

HOLOFERNES.

A LOLILLA



En su alumbramiento.

Salud, átomo viviente;
píldora de carne humana;
conato de ciudadana;
mimo de la edad presente...
El país está pendiente
de tus labios... digo mal,
de tu vientre maternal;
y nada extraño sería
que á España diceses un día
de júbilo nacional.

Madrid hará lo que mandes,
prenda de su corazón...
ya te asiste Camisón
que es doctor de casas grandes.
Y del Guadarrama al Andes,
cónsules y embajadores
por partes conmovedoras
sabrán que aumenta tu casta
bajo el poder de Sagasta...
¡rabien los conservadores!



EL CROMO DE HOY.

El diablo carga con el montón de escombros humanos que ven ustedes recogidos en esa red, y se los lleva á sus dominios. Lo malo es que se los lleva, después que ellos han convertido á España en una sucursal del Infierno.

Está visto que el *Tramvia de Gracia* (vía del Paseo), tiene padrinos gordos, y que á su abrigo puede abusar impunemente de toda esta población, atreviéndose á sostener, fijos en los cristales de sus coches, los avisos contra la moneda borrosa.

Hemos probado que en dichos carteles se atribuye al

Gobierno una medida que no ha tomado; y que, por consiguiente, la empresa *Squillace miente á sabiendas*, y se constituye en poder más alto que el Ejecutivo de la Nación, puesto que obliga á sus dependientes los conductores ó cobradores, á que no admitan monedas españolas que son de *curso legal*.

Creíamos, esperábamos que alguien se preocuparía de esta justísima indicación; pero como todo el mundo oficial hace *mutis*, resolvemos sacar ropa sucia (que la hay en abundancia), y tenderla para que el público vea cómo se explotan aquí ciertas concesiones; cómo se engaña á Juan pagano, y cómo se concibe que lleguen á ser despoticos mandarines, tipos como
ese caballero inglés,
alto, feo y con patillas,
objeto de las habillitas
del pueblo barcelonés.

Noticias musicales:

Sarasate vendrá con el maestro Arche, y durante la semana de Pascua dará dos conciertos en la Sala Beethoven (Teatro Lírico.)

Se recordará que Sarasate estuvo aquí seis años há, y produjo entusiasmo; de esperar es que ahora suceda lo propio.

—Hállase de regreso de Madrid el distinguido maestro Nicolau, á quien, como es sabido, el público de la villa del oso y el madroño ha tributado verdaderas ovaciones por la música de su última obra, estrenada en el Circo-Price.

Dícese por ahí que el eximio artista cuenta ya con el libreto de una zarzuela de grandísimo espectáculo, destinada á uno de los teatros más populares y favorecidos de Barcelona.

—Otro músico catalán, de legítimo renombre, es el señor Torrens, cuya ópera *Gualtiero* se estrenó con éxito brillante en el Gran Teatro Colón, de Buenos Ayres.

Hace pocas noches, y por atenta invitación de nuestro buen amigo y compañero en la prensa el Sr. Garriga, tuvimos el gusto de asistir á una audición, en *petit comité*, de los fragmentos más salientes de *Gualtiero*; y aunque el piano es instrumento de pocos recursos para dar á conocer la parte más delicada de una *partitura* (su instrumentación; los matices, y registros que constituyen por decirlo así, los grandes efectos de una ópera), debemos consignar que los fragmentos que oímos, nos produjeron gratísimas impresiones.

Se trata de una obra ya juzgada, y juzgada por público inteligente como lo es el de la hermosa capital argentina, donde han oído y visto mucho y bueno, desde Gayarre, entre los tenores, á Saint-Siëns, entre los maestros de orquesta: no vayan ustedes á creer, como D. Venancio González el progresista de Lillo, que en las *republiquillas americanas* no hay gente de gusto, y que los habitantes se cifen con tapa-rahos de plumas, y disparan flechas envenenadas sobre los europeos, aunque estos sean manchegos puros como el *sabio* ex-ministro de la des-gobernación... Nada de eso.

Allí hay muchísima afición á las bellas artes, y así reventan á un cantante que se presenta con *bombo* de celebridad y resulta un *partichino*, como ensalzan y coronan al que descubre méritos indiscutibles.

Y el maestro Torrens ha dejado envidiable fama en la Atenas del Plata; su ópera *Gualtiero* fué aplaudidísima y celebrada por todos los órganos de la prensa *porteña*.

Ahora sólo falta una cosa, para que todos quedemos contentos; y es que la ópera de Torrens sea aceptada por las Empresas del Real ó Liceo; y reciba la sanción del público madrileño, que sabe mucho, ó del barcelonés que en esto de música sabe tanto, por lo menos (y un poco más, según otros autores), que los *dilletanti* cor-tesanos.

Y no hay que agraviarse, señoritos.

Leo en *La Correspondencia de España*:

«Los nacimientos de vivos en esta corte durante febrero último, han ascendido á 1,288, de los que 645 fueron de varones y 548 de hembras.»

Los datos serán muy ciertos,
pero al colega le pido
que diga cuántas han sido
las defunciones de muertos.

Ortega Munilla ha ido á Berlín, y ha visto al Emperador y á una lechigada de reyes, príncipes transeuntes y demás pensionistas de aquellos Estados...

¡Cielos! qué frases saldrán
de *El Imparcial* en los Lunes,
si además de sus comunes
mete otras en alemán!

Mister Cumberland ha debutado en el Teatro Principal de Barcelona.

Su primer éxito fué muy discutido, contribuyendo á sostener las controversias; la índole de los experimentos, que no encajan bien en un coliseo, y son más propios de salones y tertulias.

La prensa de Madrid, tan encogida para celebrar ciertas cosas notables de España, había prodigado tantas columnas en alabanza del *maravilloso adivino inglés*, que el público de esta capital se prometía asistir á experimentos de muchísimo relieve, y que le impresionasen viva y fuertemente.

Pero mister Cumberland empezó con mala sombra sus adivinanzas; las primeras salieron *zurrapas*, y solamente algunas de las siguientes parece que tuvieron éxito más afortunado.

Lo decimos así, porque la inmensa mayoría de los espectadores que estaban en butacas nada pudieron ver; algunos caballeros se ponían de pie sobre los asientos en cuanto el *adivino* bajaba á la platea, y no había medio de convencerles de su falta de consideración al resto de la concurrencia.

Algunos diarios locales aseguran que mister Cumberland ha realizado experimentos verdaderamente notables, en casa del Sr. Arnús, en el Circo Ecuestre y en otras reuniones particulares. Así será. Como solamente debemos juzgar de la primera *soirée* del Teatro Principal (en la parte que pudimos ver desde las últimas filas de buta-

cas), nos limitaremos á consignar nuestra opinión reducida á estas palabras:

Creemos que ese señor está dotado de un algo que no es común, que pocas personas poseerán; pero entendemos también que la prensa de Madrid ha *exagerado muchísimo* sus dones y habilidades.

Ya asoma otro candidato al trono de Bulgaria...
Pero hombre; ¿cuándo acaba esa hornada?

¿Se quiere un hombre de empaque,
guapo, talentado y joven?..
Pues aquí está Cañamaque...
¡quiera Dios que nos le roben!

Dicen los diarios fervorosos:

«Parece que S. M. la reina ha regalado una preciosa gaita al regimiento de Cuenca, compuesto casi en su totalidad de hijos de Galicia.»

Conste que á nadie provocó...
¡pero hombre, un solo instrumento
para todo un regimiento...
me parece que es muy poco!

Otra noticia de allá:

«Los Sres. Blanes y Comp.^a han ofrecido al Ayuntamiento de Madrid pavimentar de madera el Salón del Prado—cuarenta mil metros cuadrados—en las mismas condiciones que se ha hecho en la Rambla de Barcelona.

Los Sres. Blanes se comprometen á la conservación, reparación y limpieza de dicho adoquinado, en un período de 15 años, sin más dispendio municipal que 15 céntimos mensuales por metro cuadrado.»

Y por cada resbalón,
ó fractura ó luxación,
y otras cosas imprevistas...
¿qué pagan los contratistas
de la pavimentación?

El martes entró en Madrid
el general Salamanca...
¿por qué no esperó unos días
y hubiese entrado con palmas?

En Lisboa se anuncian las elecciones de cincuenta pares...

¿De qué? ¿de calcetines? nó, lectores...
los pares son allí los senadores...
Si aquí se introdujese por un bando
esa ampulosa denominación...
¿quién tosta á Ruiz-Gómez (Don Servando),
y á Romero Girón?

Primeramente se dijo que en el banquete oficial de la embajada española en París, D. Pepe Lufs Albareda había dado una *pitada*, brindando con grandísimos elogios personales por la Reina Regente...

Ahora parece que no hubo tal *pitada*.
Porque no hubo brindis.
¡Ah! ¡vamos! no habiéndose perpretado brindis, se comprende que no dijese alguna incorrección el exministro de Fomento.

Nuestro colega *El Motín* ha sido denunciado por haber publicado en una lámina dos retratos de Su Santidad León XIII.

¡A quién se le ocurre dar papas!

El ministro de Gracia y Justicia viene sobre Barcelona.

¿Quién nos verá á plebeyos y golillas,
con tantos personajes de patillas?

Y D. Manuel no viene solo; se trae al subsecretario. Así tendremos representado el doble mote de su escudo oficial; porque con el ministro viene la *gracia* de Dios; y con el subsecretario, la *justicia* de los hombres. ¡Ah! si se organizase una función teatral en celebración de este acontecimiento!

Y si hiciese algún papel
el ilustre Don Manuel...
¡qué gloria para el actor!..
porque para *barbas* él...
En Burgos hizo furor.

EL MALDITO

un río de oro

Melodrama en tres actos (nueve cuadros)
verso y prosa,

original por ELOY PERILLÁN y BUXÓ.

Estrenado con éxito extraordinario en el Teatro de Cataluña (antes Ribas.)

Se halla de venta en todas las librerías, al precio de 2 pesetas.

BARCELONA:
Imprenta de Luis Tasso Serra, Arco del Teatro, números 21 y 23.